

YO NO RENUNCIO A MIS PRIVILEGIOS... HISTORIA Y FUENTE ORAL

Alberto Carrillo-Linares

Universidad de Huelva

1. INTRODUCCIÓN

El presente artículo pretende plantear algunas cuestiones sobre las que he reflexionado como consecuencia del trabajo de investigación que me ocupa. En realidad se trata de dos tipos de reflexiones, de procedencia diferente: unas teóricas y otras prácticas, pero interrelacionadas ambas, como si una se proyectara sobre la otra y viceversa.

Problemas como la objetividad en la historia, la perspectiva histórica, el concepto o los conceptos de Ciencia aplicado a las ciencias sociales o a la disciplina histórica en concreto, la valía y las limitaciones en el empleo de las fuentes orales, los métodos para utilizarlas, etc., serán los ejes sobre los que gire el conjunto del texto. La mayoría de estos asuntos confluyen de una manera directa en la Historia Actual o del Tiempo Presente.¹

1. VILANOVA, M. “La historia presente y la historia oral. Relaciones, balance y perspectivas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 20, 1998, pp. 61-70.

En la primera parte me centraré en los aspectos más teóricos, fundamentalmente relacionados con la teoría y la filosofía de la Historia, partiendo desde posiciones de historia de la ciencia. Continuación lógica de los planteamientos que se establezcan, participaré en el debate sobre la posibilidad o imposibilidad de alcanzar la objetividad en Historia, aspecto éste que encuentra sus críticas más directas cuando se plantea la viabilidad o la necesidad de realizar una historia de los acontecimientos más cercanos a nosotros o de procesos que aún no se han cerrado. Y es aquí donde el concepto de perspectiva histórica, tal y como se entiende con frecuencia, alcanza su más depurado sentido, como un arma arrojada que sobre un sector de los contemporaneístas se lanza, cargada de un veneno que parece ser poco efectivo a la luz de la producción bibliográfica generada en los últimos años. Casi más parece un estimulante que invita a seguir adelante. Toda la reflexión-crítica que propongo está necesariamente orientada hacia la utilización de la fuente oral como herramienta imprescindible allá donde sea posible usarla. La reprobación debería ser no contra los que usan las fuentes orales, sino, muy al contrario, hacia todos aquellos que, pudiendo recurrir a ella, no lo hacen.

2. ¿ES LA HISTORIA UNA CIENCIA?

Larga y lejana controversia ésta. Como intentaré explicar, creo que en buena medida detrás de los debates sobre la cientificidad de la historia o la consideración de la Historia como una Ciencia, equiparable a la Física, la Medicina o las Matemáticas, se encuentra el punto relativo a la Objetividad. En realidad, se discute sobre si es o no posible realizar una historia objetiva, en cuyo caso sería incorrecto utilizar el término *científico* para aludir al estudio del pasado. Materia susceptible de ser analizada científicamente sería aquella que se redujera y quedara enmarcada dentro del concepto de Objetividad. En gran parte esta interpretación estaba relacionada con la mirada positivista, aunque pudieran encontrarse sin demasiado esfuerzo estudios históricos anteriores al XIX que respondían a este enfoque conceptual y metodológico, en tanto que lo que se consideraba importante y digno de describir eran los llamados hechos objetivos del pasado, entendiendo que son éstos los únicos que alcanzan la categoría de *históricos*.² Una lectura, por lo demás, generalmente superada entre los historiadores profesionales.

2. Sobre todo ello, *cfr.* CASANOVA, J. *La historia social y los historiadores. ¿Cienicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 39-64 y pássim.

Paradójicamente la gran embestida contra este concepto de ciencia se produjo dentro de las mismas filas de los científicos clásicos y vino aneja, en gran medida, a la crisis del positivismo como modo de entender la realidad en sus diversas manifestaciones. El tránsito del siglo XIX al XX y el estallido de la I Guerra Mundial mostraron al mundo occidental que no había certezas imperecederas. El vertiginoso desarrollo de los descubrimientos científicos podía poner en alerta sobre esta circunstancia; pero los golpes más contundentes y certeros procedían justamente de la epistemología de la ciencia y de los laboratorios de investigación de las disciplinas físico-naturales. En 1905 Albert Einstein (Nobel en 1921) enunciaba su *Teoría de la relatividad especial*, completada diez años más tarde en forma de *Teoría general sobre la relatividad*. Estas aportaciones, unidas especialmente a las de Max Karl Planck (*Teoría de los cuantos*, 1900; Nobel en 1918), convergieron en los postulados de Werner Heisenberg, (Nobel en 1932) quien en 1927 formuló su *Principio de incertidumbre o indeterminación*, según el cual no se puede medir simultáneamente la posición y velocidad de un corpúsculo, con lo que rompía el modelo determinista de la física clásica válido hasta la fecha y de herencia newtoniana: las certezas absolutas, posibles gracias al conocimiento de leyes rigurosas, son puestas en duda, proponiéndose por el contrario la idea de *leyes estadísticas*. Con ellas caía igualmente el principio clásico de causalidad de inspiración racionalista e ilustrada que entendía que si se conoce exactamente el estado actual de un sistema aislado, se podría prever con precisión su estado futuro gracias al descubrimiento de las leyes por las que se rige.³ De esta manera, en Ciencia todo pasaba a ser un problema de estadística y no de verdades absolutas ya que cualquier actividad científica sólo se mueve en márgenes de incertidumbre y relatividad dado que nunca se podrá alcanzar el conocimiento pleno del estado de los sistemas físicos. Y dada la imposibili-

3. El mismo Planck mostró especial interés por el problema epistemológico que introducía la nueva física cuántica frente a la física clásica, tratando de dar una respuesta filosófica al método científico. Con ello pretendía reafirmar dos principios elementales en la física clásica: existe un mundo físico con independencia del conocimiento que de él se tenga y en segundo lugar, la realidad está sometida a leyes inmutables que permiten la comprensión de las causas determinantes de los fenómenos. En esta comunicación volveremos, ya de manera indirecta, sobre estas dos conclusiones contestadas sólo unos años después como apuntamos a continuación. Sobre estas reflexiones *vid.* su testamento científico, *Autobiografía científica y últimos escritos* (1948), reeditado recientemente: Madrid, Nivola, 2000.

dad de reproducción de casos (inexistencia del método experimental) la posibilidad de alcanzar verdades absolutas en Historia se presentaba como un imposible.⁴

Estos planteamientos se vieron reforzados el mismo año 27 cuando Niels Bohr (Nobel en 1922) formulara su *Principio de la complementariedad*. Si Heisenberg había planteado la imposibilidad de las certidumbres, Bohr daba otro giro de tuerca al poner en evidencia que dos proposiciones contrarias podían ser igualmente válidas: dos fenómenos, observados desde puntos de vista diferentes (*condiciones experimentales*, en física) contenían parte sustancial de la información global que sobre ese objeto se podía obtener; despreciar una parte significaba la inviabilidad para la comprensión total del fenómeno u objeto analizado. Las diversas informaciones, aunque se presenten como contradictorias o contrapuestas, “completan la totalidad de las informaciones definidas que es posible tener sobre los objetos atómicos”.⁵ En este sentido y ante este panorama, fue el método quien especialmente salió reforzado. A partir de ahora, *científico* sería aquello que estuviera sometido a un método aceptado como tal por la comunidad científica. La ciencia se alejaba del problema de los contenidos para aproximarse más a la cuestión del método, que a la postre acabaría por justificarlos. Es el medio (método) el que justifica el fin (objeto). En esta línea, Karl Popper no venía sino a sumarse a la larga lista de científicos

-
4. Pese a todo, Heisenberg debía explicar por medio de lenguajes matemáticos su formulación sobre la imposibilidad de reducir el conocimiento y la realidad a leyes exactas. En este sentido, el concepto de ciencia seguía apegado a la interpretación más o menos tradicional que lo asociaba a las ciencias exactas (“ciencias puras”, dejando entrever que el resto son “impuras”), aquellas que pueden reducirse al lenguaje matemático. Con total seguridad, sin esta expresión formal en su modo de proceder, analizar y justificar nunca hubiera obtenido el Nobel. El propio filósofo Ferrater Mora insistía en identificar Ciencia con “*un modo de conocimiento que aspira a formular, mediante lenguajes rigurosos y apropiados –en lo posible, con auxilio del lenguaje matemático–, leyes por medio de las cuales se rigen los fenómenos*”. FERRATER MORA, J. *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel, 1994, p. 545.
 5. Rápidamente la propuesta, como tantas veces ha ocurrido en la historia, se *vulgarizó* y saltó a otros campos que aceptaban con agrado las consecuencias últimas del Principio: relativismo cultural, sociología, psicología, y, por supuesto, a la Historia. En relación con el impacto que los descubrimientos científicos tienen en las formas y contenidos de pensamiento más general (*vulgarización del pensamiento científico*, podríamos definirlo) remitimos a las reflexiones del mismo Heisenberg: *Más allá de la física*, Madrid, BAC, 1974, especialmente dos capítulos: “El concepto de Teoría cerrada en la ciencia moderna”, pp. 79-86, y “Los cambios en la estructura del pensamiento causados por el progreso de la ciencia”, pp. 221-232.

y filósofos que reflexionaron sobre esta materia; la aportación que desde su *Teoría de la falsación* lanzó (“sólo es científico aquello que es susceptible de ser refutado”), fue una piedra más en la construcción del castillo contra las certezas.⁶

3. ¿MÉTODO O MÉTODOS?

Esta interpretación de la ciencia, más como método de trabajo que como fuente de verdades absolutas, cristaliza con la alteración del término “Ciencia” en la prestigiosa *Encyclopaedia Británica*, un concepto que en las últimas ediciones ha sido significativamente sustituido por los de “Historia de la Ciencia” y “Filosofía de la Ciencia”.⁷ El encargado de redactar este último es el filósofo de la ciencia Stephen E. Toulmin, quien explica que “*la ciencia / el científico no sólo cataloga y describe el mundo y su naturaleza tal y como se le aparece, sino que trata de hacer inteligible la dinámica de la naturaleza mediante teorías complejas perfectamente organizadas* [Método]. Las ciencias sociales quedaban unidas a las ciencias exactas y biológico-naturales por el cordón umbilical del método o los métodos.

El problema, por lo tanto, no residía tanto en la descripción como en el análisis y explicación de los fenómenos, fueran de la naturaleza que fuesen, por lo que implícitamente se aceptaba el factor subjetivo que el hombre tiene. En Historia no sólo es imposible alcanzar la objetividad absoluta sino que es recomendable y necesario atender a las interpretaciones subjetivas de los protagonistas para analizar y explicar el sentido de sus acciones u omisiones. La quimera de la objetividad no podría ser un argumento de peso para convertirlo en un arma arrojada sobre los que recurren a fuentes no asépticas. Como si éstas existiesen. El simple hecho de que el historiador seleccione unos datos y deje fuera de otros (que considera menos relevantes, sin que ello suponga un a priori universalmente válido) es ya una manifestación de la subjetividad. La única solución teóricamente perfecta, pero metodo-

6. Para Popper la cuestión se reducía, básicamente, a un problema de método. Sobre la crítica al inductivismo como método (“*todas las observaciones está impregnadas de ideología*”, nos dirá el filósofo vienés) y su propuesta falsacionista, cfr. POPPER, K. *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1973, pp. 27-32 y pássim.

7. Vid. BARONA, J. L. *Ciencia e historia. Debates y tendencias en la historiografía de la ciencia*, Godella [Valencia], Seminari d’Estudis sobre la Ciència, 1994, pp. 14-15.

lógicamente imposible, sería considerar todos y cada uno de los factores que tuvieron incidencia sobre el objeto de estudio y reconstruir cualquier posible interacción que se hubiera dado. Pero incluso en ese caso, único que permitiría hablar de Historia Total, siempre queda un margen de subjetividad ligado a componentes manifiestamente ideológicos, cuando la Historia se convierte en un arma cargada de intención (ideológica, política, económica o de la naturaleza que sea).

Si no puede haber verdades absolutas, tampoco es factible creer en métodos únicos, perfectos y definitivos. Diversos métodos pueden resultar eficaces en la resolución de determinados problemas, por lo tanto, el método también debe adaptarse a la realidad que vaya a analizar pues si no es así, estaremos dejando escapar torrentes de información inaccesible desde determinados métodos.⁸ En Historia, mientras un método resulte eficaz y permita el contraste de los resultados obtenidos a partir de una recopilación de información que no se podría haber obtenido de otro modo (pensemos, por ejemplo, en la fuente oral), aquel debe ser aceptado al menos hasta que aparezca un nuevo método que le supere en valía, en relación con el objetivo perseguido. No es lícito emitir juicios destructivos sin proponer métodos que alcancen y/o superen los logros de los criticados, pese a que no sean perfectos. Tengo la intuición de que éstos tampoco existen. Podremos hacer –y de hecho constituye una parte fundamental de la presente reflexión– críticas directas a la metodología relacionada con las fuentes orales como herramientas de trabajo de los historiadores, pero siempre con un sentido constructivo, con el fin de que sean puestas de relieve las deficiencias y limitaciones que tienen, para a la luz de ello, proceder con la necesaria cautela en su tratamiento.

4. ¿QUÉ ES LA PERSPECTIVA HISTÓRICA? SU RELACIÓN CON LA OBJETIVIDAD

Cualquiera que haya trabajado temas más o menos recientes se habrá topado con alguien que ponga en duda su trabajo o parte del mismo porque *no se posee la suficiente perspectiva histórica* para valorar con precisión lo sucedido. Intuyo que si se

8. En esta línea, *cfr.* FEYERABEND, P. *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1987 (1ª ed. en inglés, 1970) y *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Madrid, Tecnos, 1992 (1ª ed. en inglés, 1975).

preguntara uno por uno a los asistentes a este Simposio sobre si han tenido esta experiencia la respuesta afirmativa sería la mayoritaria. Y esta posición no me lleva a negar la existencia de este concepto, que indudablemente existe y tiene su sentido. El hecho de que hagamos Historia del Tiempo Presente no nos obliga a eludir la cuestión: hay que reconocer el concepto y asumir los problemas que a él vienen unidos, exactamente igual que el prehistoriador está en la obligación de reconocer las limitaciones y condicionantes que su periodo entraña (fuentes, métodos, etc.). ¿Sería lícito censurar las investigaciones en prehistoria por el hecho de que no se dispongan de fuentes escritas? Por supuesto, la respuesta es negativa. Y negar que todos los campos de investigación histórica cuentan con una serie de dificultades conceptuales, metodológicas, de fuentes, etc., es atrincherarse en posiciones de difícil defensa y de escasísima fertilidad.

Por lo que a la perspectiva histórica afecta, entiendo que uno de los problemas fundamentales está relacionado con el desconocimiento –lógico, por otra parte– de la resolución del fenómeno o circunstancia que se estudia debido a que no ha concluido: desde el punto de vista histórico el un *tema abierto*. El historiador puede y debe interpretarlo, aun aceptando las restricciones que su lectura pueda tener. Y por ahí precisamente se sitúa el nudo gordiano: un proceso o un hecho que al historiador del presente le puede parecer crucial o determinante del momento histórico que está viviendo en primera persona, resulta que visto con el *suficiente* tiempo apenas si se puede concluir que tuvo repercusión alguna en el desarrollo histórico o sencillamente que la tuvo de forma colateral o indirecta; o a la inversa, una circunstancia que resulta ser anodina o intrascendente para los coetáneos, con el paso del tiempo se percibe como un factor esencial para entender el devenir histórico. En alguna ocasión muestro esto a los alumnos con un ejemplo: supongamos que hay que confeccionar un periódico en clase en el que se contienen las noticias más importantes de una fecha determinada. La fecha es el año 33 y el ámbito geográfico, el antiguo Imperio Romano. La mayoría sitúa en grandes titulares, en primera página, e incluso algunos con representaciones figurativas, la noticia relacionada con la crucifixión de Jesucristo, como si estuviera en la *Agenda Setting* de todos ellos. Desde el punto de vista histórico y atendiendo a la información que podrían dar las fuentes sobre este hecho, el error es monumental. Los estudiantes, como los historiadores, están cargados de múltiples referentes que condicionan la lectura que hacen de la realidad. Con total seguridad, ningún periódico de la fecha hubiera contenido la más mínima referencia a un suceso que pasó desapercibido. Y, desde

luego, si se diera esa noticia, ocuparía un lugar minúsculo, en posición no privilegiada y con tipografía poco destacada. Nada hacía suponer que aquella muerte (real o no) tendría las impresionantes consecuencias que tuvo. Y es lógico, pero al historiador se le escapa su trascendencia debido a la proximidad con el hecho.

Por otro lado, las posibilidades de que los historiadores del presente emitan juicios en forma de asertos con proyección histórica y se equivoquen son enormes. Y quien dice historiadores podría incluir a ciertos periodistas que son los que seleccionan y dan salida a la mayor parte de la información consumida por estos estudiosos, condicionando, por tanto, la lectura y el análisis que pueden realizar. Creo que la Historia está llena de casos de este tipo en los que las valoraciones y previsiones hechas sobre el terreno se han ido diluyendo como un azucarillo en agua. Pero, mucho cuidado, esto tiene a su vez un extraordinario valor para los historiadores en tanto que permiten analizar los aspectos considerados más relevantes por aquéllos, permitiendo no sólo la concreción de ciertos elementos de carácter historiográfico, sino también comprender con más precisión coyunturas históricas (y es esto lo más próximo a las *condiciones experimentales* sobre las que trabajan los científicos de otros ámbitos). Estoy convencido que, por ejemplo, el *Caso Guerra* podría ser muy ilustrativo de lo que vengo exponiendo: visto con cierta perspectiva, el caso en sí era de una importancia relativa, al menos si tenemos en cuenta el terremoto que siguió poco después, pero la reacción, perfectamente orquestada desde diversos ámbitos de poder (político, mediático, etc.), fue demoledora, sospechosamente desproporcionada. Es un buen ejercicio revisar la prensa de finales de los años ochenta y principios de los noventa. Su relevancia histórica no radica en la gravedad del caso (engrandecido por afectar al hermano del Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra), sino en los efectos que tuvo, en tanto que movimiento catalizador que dio origen a uno de proporciones inmensamente mayores. Lo interesante es el análisis de la desproporción entre el hecho y la reacción. No cabe duda de que con posterioridad se han destapado casos tan graves si no mayores, que no han venido acompañados de ese despliegue de medios y, sobre todo, no han tenido efectos tan destructivos (Caso Gescartera, etc.), con lo que su paso a la opinión pública fue bien diferente y las consecuencias también. Nada diferente de lo que actualmente ocurre con la prevista intervención militar sobre Irak por parte de EEUU y sus aliados. Y no olvidemos que los historiadores también participamos de la opinión pública (en nuestro caso, en ocasiones, como creadores de la misma).

La no existencia de perspectiva histórica implica el que no podamos ser conscientes de qué factores explican mejor el desarrollo de las sociedades, como aquel árbol que no permitía ver el bosque. No podría ser válida, al menos en su totalidad, la afirmación genérica de que la historia la hacen los pueblos. Las razones en Historia a veces se comprenden mejor investigando cuestiones que a primera vista podrían parecer nimias. Por eso no podría servir la *Historia de los numéricamente mayoritarios*, por el sencillo hecho de que sean mayoría. Esto no es una razón histórica, sino más bien una justificación ideológica o de un proyecto político. Es frecuente que el estudio de los grupos minoritarios (burguesía en el siglo XVIII, opositores *activos* contra la dictadura franquista, etc.) se conviertan en el eje y fundamento de la explicación del proceso histórico, sin los cuales es imposible comprender la evolución. Si fuera de otra manera, estaríamos condenados al estudio del medio rural hasta bien entrado el siglo XX. Pienso que el desarrollo histórico en el mundo contemporáneo se comprende mejor fijando la atención en las ciudades aunque la mayor parte de la población siguiera residiendo en el campo. De cualquier forma, el historiador debe estar atento y tener una mínima intuición para detectar las posibles causas explicativas, a veces muy sutiles, sin olvidar que siempre estamos ante reconstrucciones teóricas, justificadas por medio de las fuentes. Es la perspectiva histórica la que nos brinda, poco a poco, un mayor angular de visión para el análisis de las sociedades, sin que esto, por supuesto, sea garantía de nada.

En efecto, la proximidad temporal no impide la investigación de la Historia del Tiempo Presente. No es ahí donde se encuentra el núcleo del problema relacionado con la objetividad (directamente unido, como he indicado, con el de la perspectiva histórica). El problema es otro, a saber: partimos de la premisa de que la cercanía con el objeto de estudio entraña una serie de problemas metodológicos relacionados con dos aspectos: el de la perspectiva histórica y el del acceso a las fuentes. En este caso nos centraremos sólo en el primero de ellos.⁹ En realidad, desde nuestra perspectiva se trata más bien de un pseudo-problema o de un problema parcial. Si

9. Es evidente que la Historia Actual nos brinda los más importantes restos documentales de la historia de la humanidad, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, pero esta abundancia de información (hiperinformación, pero dirigida en buena medida desde los Mass Media; y, en segundo lugar, no siempre accesible las fuentes más importantes y por lo tanto en muchos casos comprometedoras), se puede acabar convirtiendo en un *handicap* dado el volumen de la misma.

la rémora proviene de la imposibilidad de ser objetivos en la investigación, las probabilidades de que demos con una que sea neutra y objetiva se presenta como un absurdo. No existe una historia neutra porque el historiador está rodeado de condicionantes que de un modo u otro influyen en el resultado final de su trabajo, se sea o no consciente de ello. En cualquier estudio de carácter histórico –incluso en los más positivistas– el historiador adopta una posición respecto del objeto de análisis, pese a que sus esfuerzos por distanciarse del mismo sean mayúsculos.¹⁰

Haremos uso de otro ejemplo para expresar más gráficamente la idea. La diferencia entre investigar la reforma laboral con sus movilizaciones sindicales contra el Decreto de Reforma Laboral impulsado y aprobado por el PP en 2002 o hacerlo sobre el motín de Aranjuez, no estriba tanto en el hecho de que en el segundo caso se pueda obtener un grado de objetividad mayor debido a la distancia temporal, sino más exactamente en la *autoconciencia* que el historiador y la sociedad que le rodea tienen de su subjetividad en el primer caso, puesto que han podido participar activamente o estar definidos en primera persona frente al mismo. En realidad, nada garantiza la supuesta objetividad en los estudios sobre el motín de Aranjuez en razón del tiempo transcurrido desde entonces, sino que más bien depende del historiador y de las fuentes; si acaso a lo que se podrá aspirar es a objetividades parciales. Las fuentes disponibles nos van a condicionar en modo variable las conclusiones a las que lleguemos, y como en ningún caso el estudioso de la historia va a poder reconstruirla apoyándose en todos y cada uno de los factores que intervinieron en ella (sean del tipo que sean) y estudiarlos conjunta y simultáneamente en sus relaciones recíprocas (según el Principio de Complementariedad), debemos concluir en la imposibilidad de una Historia Total y Objetiva. De manera que el historiador sólo puede desplazarse en un tablero de objetividades relativas (Principio de Indeterminación): se podrá ser más o menos objetivo pero nunca estar en posesión de la objetividad absoluta.

Con total seguridad, si varios participantes o coetáneos de los sucesos de marzo de 1808 leyeran lo que los historiadores han escrito sobre aquella jornada, señala-

10. Otra duda viene asociada al concepto de perspectiva histórica, como es el hecho de que no se trata de una categoría universalmente válida, en tanto que para lo que uno sólo tiene memoria histórica otro la tiene personal. Los límites de lo que se considera memoria histórica están definidos, en parte, por las experiencias individuales.

rían la parcialidad de lo mismos y quizás más de uno mostraría una sonrisa de desconfianza. La gran diferencia –y he aquí el quid práctico de la cuestión– es que en este último supuesto nunca se podrá proceder a la refutación de las conclusiones, mientras está a la orden del día en los estudios sobre la historia más reciente: la diferencia, dicho en otras palabras, es que los muertos no se van a levantar para decir que los historiadores estamos equivocados y las discrepancias, en esta ocasión, se plantean entre dos personas que se mueven en el terreno de la teoría y que nunca podrán reconstruir experimentalmente lo que estudian; pero es frecuente que los vivos y protagonistas (que también tienen diversos intereses y visiones del pasado) muestren su disconformidad con la investigación realizada, tachando los estudios por su sesgo, orientación o subjetividad. Lo cual, por otro lado, no significa que en ambos casos los protagonistas sean plenamente conscientes de la historia, porque también a ellos les pueden faltar elementos de juicio para la correcta comprensión de lo acaecido. Tan subjetivo es un historiador como otro, pero a uno ningún testigo presencial o coetáneo le podrá decir: “No, no fue así”.

Con todo lo expuesto pretendo hacer notar que la distancia temporal con el objeto de estudio no es la que da origen al problema insalvable de la objetividad sino que, sencillamente, es la variable tiempo la que nos hace más o menos conscientes de nuestro grado de parcialidad o de los demás. El historiador debe tratar de aproximarse al máximo a la objetividad, qué duda cabe, evitando los juicios morales entendidos como categorías históricas, puesto que no tienen cabida en una metodología científica, salvo en un caso que indicaré más abajo cuando me centre en las fuentes orales.

Una interesante investigación de base sobre la oposición al franquismo, como es la de Foweraker, comienza emitiendo una afirmación que desde el punto de vista exclusivamente científico no tiene razón de ser: “*En la ciencia política no hay tema más importante que la democracia, y no hay asunto mundial más urgente que la lucha por la democracia*”. En realidad, para la ciencia política no hay sistemas políticos que sean más o menos importantes sino que existen modelos que deben ser estudiados y explicados y de los cuales se deben extraer una serie de conclusiones sobre sus características de funcionamiento. Somos los hombres los que consideramos más legítimos, válidos o aceptables, –en definitiva, mejores o peores, desde el punto de vista ético y/o moral– los regímenes políticos, pero no la Ciencia en sí, como cuerpo de doctrina metodológicamente ordenado que persigue el conoci-

miento de las cosas por sus principios y causas; al igual que la Física, como disciplina, no valora si son más o menos importantes los neutrones que los protones: los analiza y comprende su funcionamiento y aplicación sin enjuiciarlos moralmente.¹¹

5. FUENTES ORALES. LIMITACIONES Y VIRTUDES

En más de una ocasión me han planteado historiadores profesionales sus dudas sobre la validez de las fuentes orales. Cuando mi interlocutor no era un contemporaneísta, podía pensar que lo hacía de mala fe o desconocimiento sincero, pero cuando el comentario procedía de algún compañero me tenía que convencer que me lo decía por convicción, lo cual lamentaba intelectualmente mucho más. Generalmente contesto de la siguiente manera: si se trataba de un especialista en historia antigua, pongamos por caso, le pedía, después de haberme hecho ver la *perversión* de este tipo de fuentes, que me contestara si, en caso de que le fuera posible, no entrevistaría, por ejemplo, a Julio Cesar; si dejaría pasar esa oportunidad; si no charlaría con un Faraón egipcio o recogería directamente las opiniones de Alejandro Magno. Creo que todos me contestaban afirmativamente: “Bueno, sí..., pero...”. No hay duda: su crítica no era más que producto de la envidia o la ignorancia. Luego he hecho la prueba con modernistas, americanistas, medievalistas, etc. Nunca falla. Tengo la satisfacción de haber podido convencer –creo– a alguno con tan sencilla propuesta.

Bien, pues precisamente eso es lo que yo hago: aprovechar una oportunidad única y, además, de vida muy breve. Es un privilegio exclusivo que tenemos los contemporaneístas y que debemos aprovechar hasta sus últimas posibilidades (estamos en la obligación histórica) porque somos los únicos historiadores que pueden hablar directamente con los protagonistas. Ningún otro investigador del pasado podrá ya hacerlo jamás. Es un privilegio al que yo no voy a renunciar, me niego. La tarea principal se centra ahora en resolver ese “pero” de mis interlocutores. Y a ello

11. FOWERAKER, J. *La democracia española. Los verdaderos artífices de la democracia en España*, Madrid, Arias Montano, 1990, p. 13. Otra cuestión distinta es la reflexión y valoración personal (Ética) o colectiva (Deontología y Moral) sobre la aplicación que determinados descubrimientos puedan tener, algo tan actual en Física, Medicina, Biología, etc.: utilización y potencialidades de la energía atómica (fisión y fusión nuclear), alteración de la información genética, clonación, etc.

voy a dedicar las siguientes páginas, tratando de enmarcarlo con los planteamientos teóricos expuestos anteriormente. Un “pero”, de todas formas, en el que pienso que no nos hemos detenido lo suficiente aquellos que empleamos las fuentes orales y su metodología específica. En buena parte esto se explica por la situación de la que ha tenido que partir esta fuente, lo que la convirtió (como otrora sucediera con las hemerográficas) en objeto de críticas constantes: la respuesta fue la defensa a ultranza y sin condiciones de este tipo de fuentes que, como cualquier otra, está cargada de vicios y virtudes. En torno a las fuentes orales también se crearon grupos de defensa de la misma que ganaron terreno precisamente como consecuencia de su acción conjunta, reiterativa y coordinada: grupos de investigación, Asociaciones, becas, revistas, congresos, etc., fueron los logros y las materializaciones más importantes en aquella batalla.¹²

La primera afirmación en defensa de las fuentes orales no es tal sino que se trata de una pregunta, sencilla y directa: ¿están el resto de las fuentes libres de los pecados que se le achacan a las orales? Creo que al menos el principal, el que suele constituir el núcleo duro de la crítica, el relacionado con la subjetividad de los informantes, es común a la mayoría de las fuentes. Otra pregunta cargada de intención: ¿Por qué se considera una fuente válida las Memorias de un Gobernador Civil y no a una entrevista al mismo? ¿Es que quizás se piensa que las Memorias son objetivas y en la entrevista se es más subjetivo? En este sentido habría que desestimar, de momento y por la misma razón, todas las autobiografías y memorias.¹³ Pero también los informes de los partidos y sindicatos están manchados por el mismo pecado original. Y los partes de la Guardia Civil o la Brigada Político Social. Y la prensa. Y la documentación diplomática hace valoraciones que pasan a la historia

12. Una aproximación a la cuestión, con orientación metodológica, puede verse en ALTED, A. “El testimonio oral como fuente histórica (aproximación metodológica)”, en *Perspectiva contemporánea*, vol. I, nº 1, 1988, pp. 155-162. Más documentados y centrados en lo que venimos señalando: BORDERÍAS, C. “La historia oral en España a mediados de los noventa”, en *Historia y Fuente Oral*, nº 13, 1995, pp. 113-129; VILANOVA, M. “El combate en España por una historia sin adjetivos con fuentes orales”, en *Historia y Fuente Oral*, nº 14, 1995, pp. 95-116.

13. En buena medida, la diferencia entre un diario o unas memorias con la fuente oral sólo se reduce al soporte que contiene y conserva la información y al método cómo se ha obtenido, pero en nada al contenido de la misma, puesto que el informante podría haber plasmado igualmente sus recuerdos no ya en una cinta magnetofónica o de vídeo sino en un libro.

como verdades absolutas sin serlo. Y hasta las mismas leyes, su interpretación y aplicación, obedecen a criterios políticos de uno o varios grupos o partidos. Y los Catastros se hacían con intenciones muy determinadas, aunque nosotros hoy los usemos para extraer de ahí otras conclusiones. Podría seguir así con una interminable enumeración. Me temo que pocas fuentes se podrían escapar, aunque también entre ellas es posible establecer categorías en relación con su valía o limitaciones en función de la preguntas que le hagamos. Estoy convencido de que aquí radica el *quid* de la cuestión: buenas preguntas pueden hacer perfectamente válida una fuente; malas preguntas dejan en nada la fuente más exquisita.

Probablemente sean las *Fuentes mudas o no simbólicas*, aquellas que ofrecen información sin pretenderlo, como una multicopista, un recipiente, un reloj, un arma, un edificio, etc., y que por ello se les podría otorgar una consideración especial, las que se acercarán más al tradicional concepto de objetividad. Junto a ellas se encontrarían las *elocuentes o simbólicas*, que aportan intencionadamente información de lo que se deduce automáticamente que la misma ha sido filtrada y dirigida conscientemente por la/las persona/s que la generó o generaron: son informaciones normativas, valorativas, juicios de opinión, informes, tablas, reivindicaciones, programas políticos, etc. Y, normalmente, son las más empleadas por los historiadores y a las que más credibilidad se les da. Como si no fueran tan subjetivas como las orales. En definitiva, las fuentes pueden ser tan subjetivas como los historiadores y su trabajo, pero parece que esto se asume y aquello no.

Por lo que respecta a las principales deficiencias de la fuente orales, como digo, se podría argüir, y frecuentemente se hace, que se trata de una fuente sesgada por su naturaleza, que es parcial y que por lo tanto su empleo condiciona el trabajo del historiador y los resultados a los que llega en su estudio. Generalmente los escépticos indican que el entrevistado cuenta *lo que quiere y como quiere*, según sus intereses individuales o colectivos, lo que se traduce en una confusión para el que realiza la investigación. La primera crítica rotunda y descarnada mira hacia el historiador que se deja seducir por la fuente: el problema no radicaría en ésta sino en la incapacidad del investigador para discernir y analizar a partir de la información aportada. La primera se debe centrar en el contraste de las fuentes (algo, dicho sea de paso, que se debería realizar con cualquier otra), esto es, comprobar su veracidad y fiabilidad, determinar la valía de toda o parte de la información suministrada por el entrevistado. La fuente puede mentir, obviamente, (todas las fuentes pueden

hacerlo, qué duda cabe) pero en nada afectaría a los resultados de la investigación si el historiador no se deja engañar. Para ello hay que contrastarla con otras fuentes siempre y cuando sea posible.

Sintetizando resumo en cinco bloques las principales deficiencias que encuentro en las fuentes orales: 1.- Desenfoques, interpretaciones sesgadas o mentiras (parcialidad, emociones, etc.). 2.- “Olvidos” de información y confusiones (conscientes o inconscientes). 3.- Justificación de la actuación propia. 4.- Dificultad en la distinción por parte del historiador entre la lectura que hace el informante en el momento de la entrevista y la que hacía en el momento en que se centran sus recuerdos. 5.- Tendencia a la autoafirmación y sobreestimación del papel jugado o, en su defecto, el victimismo.¹⁴

Respecto al primer punto, creo que ya queda expuesta mi interpretación del problema: existe y de lo que se trata es de solventarlo por medio de la validación de la fuente a partir del análisis y cotejo con otros recursos informativos. Pero por otro lado, la cuestión relacionada con la interpretación sesgada puede interesar y mucho al historiador. No debe percibirla *exclusivamente* como un problema sino que también puede aprovecharla en sentido positivo, para seguir ciertas pistas.

Por ejemplo, en la investigación que desarrollé sobre las movilizaciones estudiantiles en la Universidad de Sevilla (1965-1969), y a la que me referiré en adelante como caso práctico, me resultaron especialmente interesantes las diferentes lecturas que sobre los mismos hechos realizaron los dos colectivos en fricción, el de los profesores y cargos académicos y el de los estudiantes. Eran esas interpretaciones tan radicalmente opuestas las que me posibilitaban percibir con una nitidez cristalina la brecha insalvable que había abierta entre ambos, lo que me ayudaba a comprender con claridad los matices y, en definitiva, el enfrentamiento abierto. Mi

14. Algunas de las limitaciones de la fuente oral pueden encontrarse, por ejemplo, en FERNÁNDEZ BENÍTEZ, V. “Los lugares comunes en la memoria colectiva”, en *Historia y fuentes orales. “Memoria y sociedad en la España Contemporánea”*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1993, pp. 71-83, quien plantea un esquema metodológico con ciertas similitudes al aquí presentado, aunque con otro enfoque. Sobre los problemas de este tipo de fuentes en las investigaciones sobre el franquismo, *cfr.* ALTED, A.; MATEOS, A. “Problemas de método en el estudio de la oposición al franquismo. La utilización del testimonio oral”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Hª Contemporánea, t. 3, 1990, pp. 57-68.

intención no era justificar causas sino comprender y explicar problemas históricos. En muchas de las entrevistas iba buscando precisamente eso: la interpretación parcial, el testigo en primera persona de las discrepancias (enfrentamiento estudiantes-rector, por ejemplo) y las explicaciones/justificaciones que se dan de este hecho contrastable. Por esto precisamente procuré recoger la visión parcial (personal o compartida) que los antiguos estudiantes o implicados en el movimiento tenían, única manera de entender con precisión los conflictos que surgieron como consecuencia de aquellos mundos enfrentados que dieron lugar a las acciones colectivas. De ahí que en las entrevistas se insistiera, de forma explícita o implícita, en la lectura *del entonces*. En este caso no sólo era válido, sino que era *necesario* contar con unos juicios de valor muy determinados: los juicios morales.

El problema en este caso acababa teniendo relación con los puntos tercero y cuarto anteriormente señalados y sobre ello volveré en breve. Siempre procuro no perder de vista que estoy ante hombres y mujeres que, como todo el género humano, como todos los sujetos, son subjetivos. Y eso era lo que me interesaba; de contrastar ya me ocuparía yo pues en eso consiste también mi trabajo. Si la ciencia no puede alcanzar la objetividad absoluta, ¿cómo iba a pretender yo esto de mis informantes? Siendo consciente de ello, sólo se trataba de canalizar ese cúmulo de información hacia los lugares adecuados y de una forma lógica.

En segundo lugar, mencionaba los “olvidos” de información y confusiones (conscientes o inconscientes). Como cualquier otra fuente, la oral no puede estar en condiciones de aportarnos todo lo que queremos saber. A veces el informante—como nosotros mismos— olvida hechos y circunstancias que para el historiador son importantes pero para el protagonista no lo fueron en su día y siguen sin serlo hoy. Nos remitimos a lo expuesto un poco más arriba sobre el concepto de perspectiva histórica. Otras veces, sencillamente, se ha olvidado aunque al refrescar la memoria del informante regresa a ella en forma de ligeros recuerdos. En otras ocasiones el entrevistado quiere pasar página sobre ciertos aspectos (por cualquier razón) y se producen olvidos voluntarios. He detectado varios casos de este tipo: a veces no reconocían nada (por ejemplo, recuerdo el caso de un militante en al menos dos grupos organizados que abogaban por la utilización de la vía armada en la lucha contra el sistema. Por otras fuentes llegué a esta información que nunca me fue confirmada). Otras directamente se negaban a hablar sobre cuestiones puntuales; en varios casos, me pidieron que dejara de grabar o se opusieron a hablar de determi-

nados temas o personas, etc. En este caso se trata de un ocultamiento consciente de información, pero en otros son simples confusiones que se pueden deber a multitud de causas. No podemos olvidar tampoco que en una fase avanzada de la investigación, el historiador puede tener mucha más información que sus entrevistados y disponer de mejores herramientas de análisis, interpretación y contraste. De todos modos, el caso más preocupante desde luego es el que afecta a la desaparición del recuerdo de algunas personas como consecuencia del envejecimiento o de enfermedades asociadas a la memoria. Recuperarla antes de que se destruya o desaparezca definitivamente es una tarea urgente en la que estamos implicados los historiadores.¹⁵

La tercera deficiencia está relacionada con la posibilidad y necesidad de justificación que tienen algunos informantes. Es frecuente, como lo es en unas Memorias, que el sujeto en cuestión aproveche esa oportunidad para justificar sus actuaciones. Generalmente esto es más usual entre las personas que siguen teniendo alguna responsabilidad en la vida pública (en mi caso ocurrió con individuos relacionados con la política). Y dado que en nuestro mundo político no hay evolución posible sino sólo traición a la causa, la justificación se acaba convirtiendo casi en una exigencia. Este armazón defensivo puede producir distorsiones en la percepción de los acontecimientos o del papel real jugado por el entrevistado por lo que en estos casos —fácilmente identificables a diferencia de lo que puede llegar a ocurrir en el primero y segundo— es recomendable de modo especial contrastar la información proporcionada con otros protagonistas o fuentes y proceder a la defoliación de aquella

15. Es un lugar común que las *Memorias* no sean en realidad tales sino reconstrucciones del pasado, recurriendo a documentos y datos sobre lo historiado, para darle una fachada de veracidad, todo ello filtrado por la memoria de sus autores. Las Memorias que conozco que más se aproximan a la fuente oral, con los mismos problemas que venimos comentando, son las del periodista Jesús PARDO, quien vivió desde los medios de comunicación el franquismo y la transición política a la democracia: *Autorretrato sin retoques* y *Memorias de memoria*, Barcelona, Anagrama, 2001. Ambas están escritas según el mismo principio: la reconstrucción del pasado exclusivamente a partir de los recuerdos que Pardo conservaba, fueran ciertos o no, pero siempre según lo recordaba en su memoria y con plasmación de los sentimientos y enfoques que sobre cada cuestión tenía. Los errores llegan a ser garrafales (confusión de nombres, cargos, fechas, etc.), pero la mayoría son perfectamente subsanables a través de otras fuentes; su interpretación desgarrada y mordaz y sus vivencias son únicas. Ahí radica su valor fundamental.

espesa vegetación que impide observar más allá de los ojos y las causas del informante.

Mucho más interesante y de difícil discernimiento es la cuarta de las limitaciones de las fuentes orales. En esta ocasión el historiador debe estar especialmente atento, teniendo en cuenta lo que he explicado en el primer punto referente a la necesidad de concretar las diversas posiciones (interpretaciones) de los entrevistados para comprender las causas de su acción. La atención hay que centrarla en no perder de vista si la lectura que el informante realiza responde a la opinión que tiene en el momento de realizar la entrevista o si se refiere a la que hacía en el momento que está recordando. La diferencia creo que es esencial: en un caso, el primero, simplemente, se puede estar procediendo a la justificación a la que antes me he referido, aunque no siempre, bien es cierto; en el segundo, nos está trasladando a aquel momento y aquella situación. A veces la experiencia y la evolución de la persona hace que la interpretación sobre lo que se le está preguntando tenga un valor añadido por el conocimiento profundo que puede llegar a tener. En alguna ocasión he tenido la suerte de conversar con algún protagonista que respondería a este caso, y puedo afirmar que sus análisis podían llegar a ser tan buenos y precisos como los de los mejores especialistas en la materia. Por el contrario, a veces lo que busco son justamente personas que se hayan mantenido más o menos inmóviles en sus postulados ideológicos desde los años sesenta, pese a su fuerte carga ideológica, porque evitan cualquier filtro justificativo y sencillamente narran las cuestiones tal y como las viven (independientemente de su veracidad), lo que es un valor añadido para el investigador porque es la opinión *más próxima* a la realidad que tratamos de reconstruir y explicar. Creo que tengo la fortuna de haber podido realizar varias de estas entrevistas y pienso que no tienen desperdicio como fuentes históricas. En definitiva, lo importante es que el historiador no pierda de vista el punto de vista que adopta el informante en cada caso.

Por último, me referiré quizás a uno de los defectos más llamativos y previsibles de las fuentes orales, como es la tendencia a la autoafirmación y/o sobreestimación de la aportación del entrevistado. Es posible también que el entrevistado asuma el papel de víctima (y muy improbable que haga lo propio con el de verdugo, siempre destinado a los demás). En estos casos el YO aparece por doquier haciéndome pensar que el sujeto en cuestión tenía el don de la ubicuidad. El hecho de que se seleccione a una persona entre muchos potenciales *entrevistables* puede hacer que el informante asuma como propio un protagonismo central en el objeto de nuestras

investigaciones, de ahí que se sitúe en el centro de los acontecimientos y proceda a engrandecerse de manera inmodesta y alejada de la realidad. En parte, la decisión de entrevistarle le hace tomar conciencia de su protagonismo, de que tiene algo que decir porque la historia se hizo a su alrededor, lo cual no es falso del todo.

Pese a lo que vengo señalando en las páginas anteriores, considero a la oral una fuente insustituible y este hecho la convierte en una herramienta valiosísima. Lo primero que hay que tener claro es que todas las personas no pueden aportar, ni en cantidad ni en calidad, la misma información. De ahí que la selección de los informantes deba ser lo más rigurosa posible. En la investigación que he mencionado anteriormente sobre el movimiento estudiantil, en la que sigo trabajando, distinguí tres vectores principales a la hora de escoger los testimonios representativos: temporal, geográfico e ideológico. Con el primero se cubre el período de tiempo que analizamos, con el segundo se reconstruye la actividad estudiantil por facultades y escuelas; y el tercer vector nos permite dibujar el mapa ideológico y su implantación en la Universidad, lo cual se traduce en la localización de cualquier aspecto orgánico que actuara en los ámbitos docentes, esto es, partidos políticos y sindicatos (obreros y/o estudiantiles). Un último camino que abrí con el uso de las fuentes orales se centraba en la cuestión de género: quería explicar la participación creciente de las mujeres en las actividades políticas (clandestinas), abandonadas desde la efímera II República.

El método empleado fue el de las entrevistas personales individuales semi dirigidas, lo que daba un amplio margen de libertad al informador pero siempre dentro del marco lógico que la estructuración previa de la entrevista imponía. Ésta se realizó en forma de diálogo con lo que se conseguía flexibilidad y agilidad en la conversación; de ahí precisamente el que no recurriéramos a un test o cuestionarios con preguntas preelaboradas, pese a contar con la posibilidad de enunciarlas de modo que la forma de respuesta fuera, aunque cerrada, de múltiple selección o alternativas-fijas; y por supuesto con la de preguntas de final abierto que no proporcionan ninguna estructura a las respuestas del informante y que hubieran podido ser más adecuadas a los objetivos de la investigación.¹⁶ Un test no permite matizar, reenfo-

16. SELLTIZ establece una clasificación del tipo de preguntas en función de la forma de la respuesta. Así, distingue entre preguntas cerradas (dicotómicas o múltiples) y abiertas. Sobre las entrevistas y los cuestionarios, *vid.* SELLTIZ, C. *Métodos de investigación en las relaciones sociales*, Madrid, Rialp, 1973, pp. 267-314.

car, preguntar por cuestiones que surgen de las respuestas dadas, incidir y extenderse en determinados puntos, desviar la conversación hacia aspectos tangenciales, etc. Dado que no pretendía llegar a conclusiones estadísticas a partir de las contestaciones, no he hecho uso, de momento, de este tipo cuestionarios.¹⁷ Insisto en ello: en el estado actual de conocimientos sobre el tema que trato, mi objetivo era la recolección de la máxima información posible sobre una materia concreta y unos aspectos determinados y la indagación en torno y a partir de ellos, y no llegar a resultados estadísticos que pudieran plasmarse por medio de gráficas o tablas, excepto en lo referido a los porcentajes de militancia.

En razón de lo anteriormente expuesto, y en directa relación con los objetivos perseguidos, recurrí a las *historias de vida* como medio de reconstruir una realidad histórica y personal.¹⁸ Para ello era obligado realizar la selección de los informantes en virtud de una serie de características muy específicas que debían concurrir en ellos y que los convertía en *casos representativos e informantes estratégicos*, por su liderazgo en el movimiento estudiantil o por las circunstancias personales que lo unían a él: carisma en el movimiento, cargos académicos desempeñados, expedientes disciplinarios a que se vieron sometidos, etc.¹⁹ Para comprender en su totalidad el movimiento se precisa no sólo de información *objetiva* (datos empíricamente comprobables) sino que también es necesario aproximarse a otras circunstancias difícilmente cuantificables: medios de socialización, contexto ideológico, social, político, etc.; percepciones sobre la Universidad de entonces, sobre la sociedad en su conjunto, etc. Todo ello es básico a la hora de interpretar con acierto –y atendiendo a los posibles factores que incidieron– cualquier movimiento social, entre ellos el estudiantil. La historia de vida me proporciona aspectos fundamentales

17. Las respuestas cerradas se someten con mayor facilidad a criterios taxonómicos con objeto de realizar un análisis estadístico a partir de los resultados, mientras que las abiertas aportan un conjunto de información de mayor valía cuando se estudian procesos debido a la posibilidad de contar con varios elementos en la contestación. En mi caso me aproximaba a un proceso histórico, de ahí la opción metodológica a la que recurrí.

18. PUJADAS MUÑOZ, J. J. *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, CIS, 1992; SARABIA, B. “Historias de vida”, en *REIS*, nº 29, 1985, pp. 165-186; CONINCK, F. de; GODARD, F. “El enfoque biográfico a prueba de interpretaciones. Formas temporales de causalidad”, en LULLE, T.; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*, Barcelona, Anthropos, 1998, pp. 250-292.

19. MARAVALL, J. M. *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Alfaguara, Madrid, 1978, pp. 34-39, donde se refiere a la metodología empleada.

como eran los relacionados con la evolución personal del actor social, el medio académico en el que se desarrolló (facultades, escuelas), su primera aproximación al movimiento y la posterior evolución, el grado de compromiso adquirido y el papel jugado, su politización, amistades, redes sociales clandestinas en las que participa etc., no siempre recuperables por otros medios, etc. Lo cual aporta datos sobre muy diversas realidades que afectan a aspectos de la socialización, el ambiente que se respiraba en los diferentes centros universitarios o espacios de formación y adquisición de valores de cultura política, a los medios de atracción y captación de posible aliados con la causa, a métodos y estrategias de acción, vinculaciones políticas, reivindicaciones, formas de organización y relaciones entre los estudiantes (a nivel de curso, Facultades/Escuelas, distrito o interuniversitarias), procesos enmarcadores, etc.²⁰

Por su parte, atendiendo al contenido de la respuesta, es necesario hacer una distinción elemental: en las entrevistas perseguía, consciente pero no explícitamente expresado, la constatación de dos tipos de información: aquella referida a aspectos fácticos (fechas, datos concretos, personas, reuniones, etc.) y la que pretendía información valorativa, con la que se invitaba al informante a reflexionar sobre determinados aspectos (democratización de la Universidad, represión, relaciones alumno-profesor, valoración del movimiento, de sus posibilidades y limitaciones, politización de grupos sociales, influencias ideológicas recibidas, etc.). Sobre cada una de ellas sobrevuela un tipo de deficiencias con las que había que contar para evitar la *contaminación informativa*. Si en el primer caso –que incluye básicamente la referencia a hechos concretos (vienen a ser juicios de hecho)– son frecuentes los olvidos, las imprecisiones, las confusiones, los silencios; en el segundo –que engloba las interpretaciones sobre esos hechos, la ideología conscientemente elaborada, creencias, sentimientos, juicios no sólo morales sino de valor en general, intereses, etc.– nos encontramos con las interpretaciones personales, las justificaciones de actos, las sobrevaloraciones, etc.

20. Becker insistía en los factores socializadores para comprender al movimiento. Se trataría de establecer un “enfoque “procesual” que atiende a aquellos episodios interactivos cruciales en los que se forjan nuevas líneas de conducta individual y colectiva”. BECKER, H. S. “Life History and the Scientific Mosaic”, en *Sociological Work*, Chicago, Aldine, 1970, pp. 68-70, *apud* MARAVALL, J. M. *Op. cit.*, p. 34, n. 23.

El sistema empleado en la formulación de las cuestiones se basó en la *técnica del embudo*, con el que se partía de preguntas muy genéricas, no relacionadas directamente con el objeto de estudio, pero sí indirectamente (antecedentes familiares, educación primaria y secundaria, ámbito residencial, socialización política y cultural, etc.), para contextualizar al informante, y a medida que se desarrollaba la conversación centrarse en temas específicos (ingreso en la Universidad, ambiente en su centro de estudios, reivindicaciones estudiantiles, métodos de captación, elaboración de propaganda, contactos políticos, participación en el movimiento, etc.).

Utilicé de manera directa un total de veintidós entrevistas –de las que se grabaron dieciocho– siguiendo un sistema de sesiones que osciló entre una y cuatro, sumando en torno a las cuarenta horas de grabación, lo que da una media aproximada de dos horas por entrevista.²¹ La mayoría de las entrevistas fueron realizadas por mí. La información aportada fue desigual en cantidad y calidad aunque en todos los casos se dieron pistas que abrieron diferentes líneas de investigación, o a veces complementaron los resultados obtenidos por otras fuentes y, en ocasiones, los explicaron con un grado de satisfacción mucho mayor al alcanzado a partir del análisis de fuentes más tradicionales.

Voy a terminar haciendo referencia, de modo ilustrativo, a algunos casos concretos en defensa de las fuentes orales. Hubiera sido imposible, por ejemplo, comprender con exactitud la radicalización que se produce entre algunos estudiantes sevillanos a la altura de 1968 si no hubiese recurrido a la fuente oral: el resto de las fuentes que recogían esta circunstancia estaban incapacitadas para resolver la cuestión, ni siquiera la que se podía suponer más preocupada por este hecho como era la policial. Las fuentes tradicionales *sólo muestran las manifestaciones externas de esa radicalización, pero no explican las causas profundas*; éstas, que hacían alusión a la crisis interna del PCE como consecuencia de los sucesos del Mayo francés, de la invasión de Checoslovaquia por fuerzas del Pacto de Varsovia y de un factor local, como era la actitud poco contundente del PCE –según este sector crítico– ante el intento de ocupación del cuartel de la Guardia Civil de La Rinconada, un pueblo de la provincia, se relacionan precisamente con la ruptura interna del comu-

21. La entrevista más extensa se prolongó seis horas, mientras que la más breve duró una hora. A todo esto habría que unirle entrevistas o partes de ellas no grabadas, que por razones de rigurosidad y/o de compromiso no se citan.

nismo carrillista en Sevilla y la aparición de grupos pro-chinos (maoístas) que estructuraron en poco tiempo el PCE (I), con cierta implantación en la Universidad. No olvidemos que estamos haciendo referencia a un proceso que se desenvuelve en la más absoluta clandestinidad, por lo que es difícil el hallazgo de restos documentales que resuelvan con acierto el problema. Las fuentes orales fueron un valiosísimo instrumento para alcanzar un más alto nivel de veracidad y comprensión histórica, al poder contar con la experiencia personal de varios de aquellos antiguos estudiantes que participaron en el viaje que se inició en el seno del PCE.

Es frecuente que, para el período que nos ocupa, se le otorgue un grado de veracidad a las fuentes policiales mucho mayor que a las orales lo que puede dar lugar a importantes desenfocos. Cuando el historiador trabaja con estas fuentes se ve sometido a una cierta hipnosis ya que contienen justamente lo que se va buscando: se recogen referencias de manifestaciones, huelgas, afiliaciones a partidos o sindicatos, detenciones, aparatos de propaganda, contactos orgánicos o personales de la oposición, etc. Esto se traduce en una situación de relajación mental por parte del historiador que a la postre puede dar lugar a ciertas inexactitudes si no son sometidas las fuentes a una crítica que nos permita vislumbrar las luces y las sombras de las mismas. Como cualquier fuente debe ser sometida a una inspección analítica lo más minuciosa posible, pese a que ello suponga el desechar cierta información suculenta para nuestro trabajo: se impone el diálogo reflexivo.

Estos documentos nacieron para servir a la dictadura en su intento por controlar a la oposición, fueron elaborados por funcionarios que no siempre disponían de una información exacta y fidedigna, que a veces incluso desconocían aspectos fundamentales sobre los que estaban informando. En ocasiones se laboraba con hipótesis de trabajo o intuiciones y no tanto con datos veraces y comprobados, lo cual es lógico si se piensa que estamos ante una situación de clandestinidad. Añadido a esto no se puede olvidar la verdadera obsesión patológica del franquismo con el comunismo, presente desde el principio hasta el fin del régimen, aspecto que condicionó de manera sustancial las actuaciones policiales que se cebaron en la persecución y desorganización de los diversos órganos del PCE y de los partidos situados a su izquierda. Parece que no hay duda –tanto para los defensores como para los detractores del comunismo– que el PCE fue el que más se involucró en la oposición a la dictadura, el que desplegó los más importantes recursos, y en definitiva el que dispuso de la mejor organización en la clandestinidad. El régimen tenía especial inte-

rés en *cazar* a los comunistas. Ser comunista era una de las acusaciones políticas más graves y peligrosas que se podían verter sobre cualquier ciudadano. El comunismo era el gran enemigo de la dictadura, el culpable máximo de la conflictividad y los desórdenes públicos que se registraban en España.²² Esta limitada óptica de análisis llevó a que acabaran tachando de comunistas a muchos que nunca lo fueron, por el hecho de que se oponían al franquismo y mantenían ciertos contactos con el PCE. Cuando se abran libremente los fondos de los distintos cuerpos de seguridad del Estado se estará en condiciones de confeccionar listas de aquellas personas que aparecen en los distintos documentos policiales y en los que se consigna su militancia o simpatía comunista.

El problema estriba, en un primer nivel de análisis, en que raramente se distingue con precisión entre militante y simpatizante: cualquiera que colaborara con el PCE era, por definición, comunista. Hoy es posible, dado que muchos de los protagonistas de aquella historia viven, detectar estas anomalías pero, y he aquí el segundo nivel, no lo será dentro de 30 ó 35 años, cuando no existan restricciones en la consulta, pues ya no se podrá contrastar la información allí recogida y se acabará dando por buena. Y el peligro es mayor por cuanto un importante porcentaje de las personas que allí aparecen reseñadas son individuos *anónimos* que no han tenido papel público alguno en el futuro. No será fácil, efectivamente, distinguir entre quienes eran comunistas y quienes no lo eran; y existirá una tendencia a clasificar a muchos que no lo fueron porque en esta documentación aparecen como tales. Y no nos estamos refiriendo exclusivamente a los que estaban a la derecha del PCE, dentro de la órbita del socialismo, por ejemplo, sino también –y especialmente– a los que se situaban en su flanco izquierdo, que es quizás donde mayores confusiones se aprecian. En ambas alas he identificado casos. Creo que la cuestión no es trivial en absoluto y que conlleva una serie de implicaciones de mayor calado. Probablemente si el PCE hubiera contado con todo el apoyo que el régimen franquista le otorgaba, traducido en términos de militancia, la historia más reciente de España hubiera sido bien distinta.

22. Hoy se sabe que esto no era así y que en las campañas de subversión no sólo participaron los militantes del PCE, pero lo que me interesa resaltar en estos momentos es la lectura que se hacía desde las altas instancias para comprender la consecuente reacción del régimen, imposible de entender si no se atiende a la interpretación que efectuaba.

Quiero dejar constancia de esta posible desviación pues de otro modo puede resultar más costosa la comprensión de la transición a la democracia o de la misma oposición a la dictadura. Intuyo que este probable desenfoque puede darse en el futuro, cuando sencillamente se contabilicen nombres de comunistas y acciones que se le atribuyen, pero ya hoy es posible percibir esta interpretación de la historia. Hago uso del enfoque que han proporcionado dos magníficos conocedores de la clandestinidad y del PCE, como son Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, para demostrar que lo que vengo planteando se sostiene sobre una sólida base. Sartorius y Alfaya publicaron un libro sobre la dictadura franquista en el que hicieron uso de alguna documentación de la DGS. En concreto, por ejemplo, citan con cierta complacencia un documento elaborado con ocasión del estado de excepción de finales de 1970, titulado *Relación numérica de detenidos en cada provincia, con indicación de los motivos, desde el 15 de diciembre de 1970 hasta la fecha* datado el 6 de abril de 1971. Tras reproducirlo completo, concluyen:

“Uno de los aspectos más interesantes de este cuadro es que no aparece ningún otro partido de la oposición –además del PCE– en un año tan importante en la historia del tardofranquismo como lo fue 1971. Lo que demuestra que a cuatro años de la muerte del dictador las actividades antirrégimen, y en consecuencia la represión, se centraban en las siglas y sectores sociales consignados. Datos que coinciden, “mutatis mutandis”, con los obtenidos de las causas y sentencias del TOP y del Tribunal Supremo”.²³

No dudando del intento de rigurosidad por parte de los autores, me llama poderosamente la atención la carencia total y absoluta de una crítica a la fuente, máxime cuando estamos ante dos personas que conocían ciertas características del régimen y de su funcionamiento. Es sabido que a la altura de 1971 existían grupos de oposición a la dictadura, a la derecha y a la izquierda del PCE, que actuaban en diferentes medios, ya fueran universitarios, laborales, etc. Algunos de los detenidos no reconocían su militancia a estos partidos tratando de preservar la clandestinidad; por defecto, entonces, acaban perteneciendo al PCE. Así quedó reflejado en las declaraciones redactadas por la policía y firmadas por los detenidos (no pocas veces presionados) y en los consiguientes documentos elaborados a partir de ahí

23. SARTORIUS, N.; ALFAYA, J. *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa, 1999, p. 271.

(Boletines Informativos, Notas Informativas, estadísticas, etc.). En segundo lugar, y unido por un cordón umbilical a esto, era frecuente que la acusación que recaía sobre los implicados que se sentaban en los banquillos de los diversos tribunales fuera exactamente la misma que la que la policía había facilitado, lo que explica las coincidencias reiteradas.²⁴ Citaré, para ejemplificar estas confusiones, el caso particular de un estudiante de la Universidad de Sevilla, Antonio Morillas Rodríguez, que fue procesado en 1972 por pertenecer al Partido Comunista de España (Internacional) –PCE (I)–, de tendencia maoísta, cuando en realidad militaba en Acción Comunista (AC), de inspiración trotskista. Nunca quedó, en ningún documento conservado, constancia de esto.²⁵

La entrevista, como en otros muchos casos, fue la única vía para aproximarme con ciertas garantías, siquiera mínimamente, a la historia que trataba de sacar a la luz. Poder recoger una muy sustanciosa cantidad de datos a través de la historia oral fue posible gracias a que los protagonistas estaban vivos y con capacidad de transferir información. Por eso yo no voy a renunciar al monopolio informativo que como contemporaneísta he tenido la suerte de poder disponer. Que desistan los demás en su convencimiento de que no es una fuente válida. Yo no renuncio a mis privilegios.

24. Y esta circunstancia sí que fue puesta de relieve por los autores del libro, en otro lugar eso sí. Aunque conocen los entresijos del sistema no llegan a relacionar la información en este caso concreto. *Op. cit.*, pp. 238-240. A esta confusión habría que añadirle el hecho de que parte de las referencias que la DGS obtenía provenía de confidentes y colaboradores, que no siempre estaban perfectamente informados.

25. Sumario 473/72 del TOP; *Pueblo*, 5-XI-1974; AHN, *Mº Interior, Fondos Policiales*, “Antonio Morillas Rodríguez”, exp. P-6533. Entrevista a Antonio Morillas Rodríguez por Alberto Carrillo-Linares (16-XI-1999; 14-XII-1999). En realidad sólo hay dos maneras de resolver el problema de la militancia: una directa, a través de la entrevista con el implicado; y otra indirecta, que se le escapó a la Brigada Regional de Investigación Social y al propio Juez del TOP, como es la relación de la literatura que se interviene en el registro domiciliario, mayoritariamente de corte trotskista, lo que debía haber infundado sospechas a los instructores del caso, siempre y cuando tuvieran formación teórica para ello. En realidad al Juez no le debía importar la cuestión demasiado pues en modo alguno iba a modificar la naturaleza y dimensión de la represión, pero a nosotros, como historiadores, sí que nos resulta de gran interés la reconstrucción de la militancia en los partidos clandestinos durante la dictadura franquista.